¿Por qué regalo mis libros?

Porque creo que lo más valioso no es lo que se compra, sino lo que compartimos. Considero que nuestras historias valen más que cualquier libro.

Si juntamos nuestras voces, podemos escribir algo que nunca se ha hecho: la verdadera historia de nosotros, los seres comunes. No la que escribieron unos cuantos, sino la que vivimos todos.

Por eso, este libro es tuyo, gratis. Y a cambio solo te pido una cosa:

Regálame un pedacito de ti.

Con tus historias construiremos una comunidad tan grande, tan unida, que nos permita levantar casas para cuidar a nuestros adultos mayores y a los niños que no tienen familia. Tu palabra no solo se guarda: ayuda a alguien real.

📝 ¿Te animas a compartir tu historia?
Comenta en nuestras redes sociales o visítanos en:
editorialvita.com

Juntos estamos construyendo la biblioteca digital escrita por la verdadera humanidad. Y tu voz no se perderá aquí — servirá para cuidar.

Mi vida hecha cuentos



Este es un libro de 23 escritos en 53 dias,
no soy escritor,
soy cuentacuentos, soy cuentacuentos,

TU PAYASO™

MI VIDA HECHA CUENTOS

TU PAYASO™

https://editorialvirtual.com/biblioteca-iar

MI VIDA HECHA CUENTOS

© 2026, TU PAYASO™ Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito del titular del *derecho de autor* .

Autor: TU PAYASO™

CONTACTO: tupayasokiren@gmail.com

ISBN: En trámite.

Diseño de portada y maquetación: Del autor

Obra inscrita en el Instituto Nacional del Derecho de Autor (INDAUTOR). Registro en trámite.

TODOS LOS PERSONAJES Y SITUACIONES DE ESTA HISTORIA SON FICTICIOS, CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD ES MERA COINCIDENCIA

Hecho en México

https://editorialvita.com/biblioteca-la/

Nota del Autor..... 1
INTRODUCCIÓN..... 2
PRÓLOGO..... 4
CAPÍTULO 1..... 6
CAPÍTULO 2..... 8
CAPÍTULO 3..... 9
CAPÍTULO 4..... 10
CAPÍTULO 5..... 14
CAPÍTULO 6..... 16
CAPÍTULO 7..... 19
CAPÍTULO 8..... 22
CAPÍTULO 9..... 24
CAPÍTULO 10..... 27
CAPÍTULO 11..... 29
CAPÍTULO 12..... 31
EPÍLOGO..... 33

https://editorialvita.com/biblioteca-ia/

Nota del Autor

El Origen de Simbiosis 180° Esta obra que tienes en tus manos es el testimonio de un rescate. No nació de la comodidad, sino de la limitación total. Hubo un momento en que mi cuerpo no respondía; donde intentar moverme incluso en una silla resultaba imposible y doloroso. Fue en ese punto de quiebre donde comprendí que para recuperar mi mente, primero tenía que rescatar mi soporte físico. Así nació Simbiosis 180: un giro total de vida basado en la verdad de que la claridad mental es hija de la fortaleza física. Al conectar de nuevo mi cuerpo con mi cerebro, la energía fluyó de tal manera que me permitió dictar estos 15 libros en apenas 41 días. Esta obra es parte de ese sistema de transformación. La pongo a tu disposición para demostrarte que, sin importar qué tan limitada sientas tu vida hoy, siempre es posible dar ese giro de 180 grados y empezar de nuevo. Atte. TU PAYASO ™

https://editorialvita.com/biblioteca-ia/

INTRODUCCIÓN

No sé cómo empezó esto, pero mis recuerdos se evocan a mi niñez. Sin embargo, para que puedas comprender toda la historia y entender por qué he llegado hasta el punto en donde estoy, debes saber esto: Han pasado más de dos siglos... O bueno, así lo entenderías al principio. La realidad es que ha pasado medio siglo, pero para mí han sido como vivir dos siglos completos. Y no es por quejarme del tiempo, es para que puedas entender la magnitud de las emociones que me albergan. Y es que, cuando uno llega a los 50, tiene una forma de ver el mundo muy distinta. Ya traemos experiencia, todavía nos queda energía y tenemos muchísimas ganas de seguir viviendo. Sin embargo, los niños nos ven "viejos" y nosotros también nos vemos así. Pero es justo ahí donde nos damos cuenta de una realidad que muchas veces nos negamos a creer: Que el tiempo pasa sobre nosotros y no discrimina a nadie. Y por lo mismo, te las voy a contar en forma de cuentos, para que vivas tú las emociones, las vivencias y los aprendizajes que guardo en mi corazón. Estoy aquí relatándote algo que me parece increíble, un testimonio de mi paso por esta existencia. Aquí no vas a encontrar una historia aburrida de biografía. En esto te vas a retratar tú y muchas otras personas más. Te vas a dar cuenta de que mi historia es como la tuya, nada más que yo la veo de una forma distinta y te la cuento en forma de cuentos. Porque esa es la manera más divertida de vivir la vida: ¡viéndola y contándola como un cuento! Para empezar, yo no creo en las cronologías, aunque a veces me tengo que sujetar a ellas porque no hay otra manera de entender las cosas. Aquí te podré contar una historia del año 2022 y de repente me iré a 1982. Los voy a traer del tingo al tango, como una canica dentro de una caja de zapatos. Así que no se hagan bolas tratando de entender por qué brinqué de un año a otro sin una razón aparente... ¡AQUÍ EL ORDEN LO PONEN USTEDES AL FINAL! Sin embargo, si ahorita notas una historia que parece de viejos, a lo mejor lo sea... ¡Pero te la estoy contando desde mi "Yo" niño! O al

https://editorialjita.com/biblioteca/ja/

revés: quizá veas una historia que parece de un niño pequeño, pero en realidad soy yo, estando ya viejo, quien te la está contando. Porque esa es la mejor manera que tengo de ver el mundo, aunque ya cargue con más de dos siglos encima. Yo sé que a veces sientes que tu vida es aburrida, monótona quizá... Pero es porque no la miras desde otro ángulo. Si la vieras como la ve un niño, con esos ojos que todo lo maravillan; si miraras la vida de los demás con la misma ilusión; si escucharas los relatos de otras personas; si sintieras la magia de escuchar la radio o ver la televisión... Te darías cuenta de que tu propia vida no es solo "una vida" más... ¡ES TU VIDA, ÚNICA Y IRREPETIBLE! Ahorita te estoy escribiendo esto, y todo va saliendo fresco, tal cual me va naciendo. Así que perdóname si a veces no encuentras lógica al instante. Pero más adelante encontrarás el pedacito que quedó pendiente, y entonces entenderás el porqué de las cosas. Te vas a dar cuenta de que todos tenemos algo que nos lleva por un camino. A veces no lo podemos entender y es por eso que cuando lo entiendes... ¡Llegas al punto donde el ser humano se maravilla! Y te das cuenta de que todo lo bueno y todo lo malo que pasó, te trajo exactamente al punto en donde estás.

https://editorialvita.com/biblioteca-ia/

PRÓLOGO

Aquí vas a encontrar un relato de mi vida, pero hecho en cuentos. Cada uno tiene su mensaje, cada uno tiene una pista para hacer lo que tú quieras hacer. Este es uno de 15 libros que escribí en 41 días. Hoy es 30 de abril del 2026. Empecé el 26 de marzo de este mismo año; fueron 36 días de pura creación Y no lo digo por presunción, es para que te des cuenta del alcance que puede tener la mente cuando el cuerpo, el alma y el corazón se sincronizan. Porque el resultado es maravilloso y quiero compartirlo. Créeme que es indescriptible lo que siento el día de hoy. Coincide todo: es el Día del Niño, sale mi esencia de niño a flote, y el tiempo se acomodó perfecto para que hoy, este libro y todos los demás estén terminados. Es la prueba viva de que la vida se sincroniza para que hagas lo que debes hacer en el momento exacto. Pero esta claridad no llegó sola. Hoy también se cierran ciclos importantes en mi templo físico: mañana cumplo exactamente un año de haber dejado los ultraprocesados , azúcares, harinas, aceites y embutidos para volver a lo natural. Y hoy también cumplo seis meses exactos de haber empezado a mover el cuerpo con ejercicio diario. Limpiar el motor y fortalecer la máquina fue lo que permitió que la presa se abriera y la creatividad fluyera sin detenerse. Y hay algo que todavía no me creo: cada vez que veía en texto la historia, me sorprendía de lo que salió de mí. Porque no me imaginé tanto el poder de las palabras. Cuando las dices, vuelan. Cuando las ves escritas, pesan. Y ahí te das cuenta que todo ese tiempo no estabas inventando cuentos... te estabas inventando a ti. Te voy a confesar algo: empecé a escribir porque quería hacer historias para redes sociales. Me conformaba con ganar unos mil dólares al mes extras. Eso era todo. Eso era KIREN hablándome al oído: "Monetiza. Produce. Optimiza". Pero el resultado me dejó impactado. Porque lo que salió no fueron posts. Fueron 10 libros. Fueron 36 días. Fui yo. Y espero que tú tengas las emociones como yo las sentí. Porque si a mí me rompió y me armó de nuevo... a ti también te puede pasar. Mi

https://editorialvita.com/biblioteca-a/

Vida Hecha Cuentos es una recopilación de muchas cosas que he vivido, por más de cincuenta años inventando cuentos e historias que apenas ahora me atreví a imprimir con letras. LA HERMANDAD DE LAS HISTORIAS Todos estos libros son hermanos. Nacieron de la misma compuerta, de los mismos 36 días, del mismo niño de 55 años que se atrevió a jugar: Filtro Burbuja KIREN KIREN DOS KIREN TRES: Cuentos de Terror de tu Payaso Cuentos para tu Niño Interior Rescatando a tu Niño Interior Filtro Burbuja: La Sombra del Algoritmo Historia 40 Mi Vida Hecha Cuentos Espero que te muevan como me movieron a mí. Espero que te encuentres en uno. O en todos. Porque al final, Mi General... todos cuentan la misma historia: la tuya.

https://editorialvita.com/biblioteca-ia/

CAPÍTULO 1

LAS MANCHAS DE MI ESTUFA... Y LAS CASAS QUE CONSTRUIMOS Ayer me quedé mirando mi estufa. Reluciente. Intocable. Como si nunca hubiera servido para nada. Y al verla tan perfecta... me cayó un recuerdo encima. De esos que no avisan. Me di cuenta de algo: las cosas han cambiado demasiado. Y nosotros... también. LA GRAN CAÍDA: DESDE LA AZOTEA Me acuerdo cuando éramos chamacos. Mi mamá salía a trabajar desde temprano y nos dejaba solos. Y nosotros... éramos unos terremotos con patas. No sabíamos estarnos quietos. Siempre había algo que inventar. En la azotea teníamos nuestro propio mundo. No era una azotea... era territorio libre. Un día se nos ocurrió armar un puente. Con cañas de otate, atravesamos desde la azotea hasta un árbol de ciruelo. De ese ciruelo pasábamos a otro... y de ahí regresábamos otra vez a la azotea. Andábamos como changos, brincando entre ramas y tablas, sintiéndonos dueños del aire. Y como si fuera poco, junto a la casa había un árbol de mango que nos regalaba sombra. Era junio, me acuerdo bien... porque había mangos. Ahí comíamos, ahí jugábamos, ahí vivíamos. Pero como siempre... nos aburrimos. CUANDO EMPEZÓ EL DESMADRE Entonces vino la idea. —¿Y si subimos los muebles? Queríamos hacer una casa arriba de la casa. Una más nuestra. A nuestra medida. Subimos dos muebles primero. Luego otros. Y luego más. Hasta que la azotea empezó a parecer sala... pero en el cielo. En eso, me recargué en el ropero. Se tambaleó. Por un segundo... parecía que no iba a pasar nada. Pero no. Se inclinó... se fue... y cayó. ¡PUM! Se hizo pedazos contra el suelo. Nos quedamos en silencio. Y luego... nos gustó. El ruido. El caos. El poder de ver algo romperse así. Y como yo siempre fui el que prendía la chispa, dije: —Si se rompe tan bonito... a ver si aguantan todos. Y uno por uno... los muebles empezaron a volar. Sillones. Mesas. Lo que hubiera. La casa quedó pelada. Solo se salvó el refrigerador... porque pesaba demasiado. LOS REYES DE LA LOQUERA La gente del barrio decía: —¡Esos niños están

https://editorialitla.com/biblioteca/ia/

locos! Y sí... tenían razón. Pero todos los chamacos de la colonia se nos unían. Les emocionaba vernos. Porque nadie más podía hacer eso. A nadie más le dejaban tocar los muebles... mucho menos destruirlos para volverlos a crear. Éramos influenciadores antes de que existiera la palabra. Con nosotros... nunca había aburrimiento. NACÍAN LOS NUEVOS REYES: EL CEMENTO Pero tampoco podíamos quedarnos sin dónde dormir. Así que hicimos lo único que sabíamos hacer: Construir. Con bloques, arena y cemento... levantamos todo otra vez. Pero esta vez... a nuestra manera. No queríamos muebles. Queríamos permanencia. La sala... de cemento. Las camas... de cemento. La estufa... de cemento. Las mesas... de cemento. Feos para muchos. Pero para nosotros... eran obras de arte. Eran fuertes. Eran nuestras. Y no se iban a romper nunca más. EL AMOR QUE LLENA EL VACÍO Y aquí está lo más importante de todo. Mi mamá no estaba... pero de alguna forma siempre estaba. No nos decía qué hacer. No nos regañaba por lo que rompíamos. Llegaba... y compraba el cemento. Nos dejaba las herramientas. Como diciendo, sin palabras: —Aquí tienen. A ver qué hacen con su vida. Ella confiaba. Y ese tipo de amor... no se explica. Se siente. EL COCHAMBRE, MARCA DE VIDA Hoy miro las estufas con otros ojos. Me acuerdo de esas cocinas llenas de cochambre. Para muchos, eso es suciedad. Para mí... eso es vida. Esas manchas dicen: aquí se cocinó, aquí se trabajó, aquí alguien vivió de verdad. Hoy todo brilla. Pero está frío. Perfecto... pero vacío. Y uno entiende algo: No se trata de tener lo más bonito. Se trata de tener cosas que aguanten el peso de tu historia. Porque al final... una casa sin manchas no es una casa limpia... es una casa que nunca se vivió.

https://editorialavista.com/biblioteca-a/

CAPÍTULO 2

EL VASO DE AGUA Hoy me puse a mirar un vaso de agua. Así, sin más. Y sin saber por qué... se me llenaron los ojos de nostalgia. De pronto estaba otra vez en mi niñez. Esa época donde todo parecía tener más color... y más calor. Recuerdo que las tardes eran eternas. Jugábamos en la calle desde que salía el sol. Corríamos, brincábamos, sudábamos... Y cuando la sed nos partía la garganta, no había dinero de por medio. Nos parábamos en cualquier puerta y gritábamos con toda la inocencia: —¡Señoraaaaa! ¿Me regala un vasito de agua, por favor? Y siempre... siempre nos abrían. —¡Pasa, mijito! Aquí está bien fresquita. Nos la daban en vasos de vidrio o en jarros de barro. Y al tomarla... sentías cómo te recorría todo el cuerpo. No era solo el agua. Era el momento. Era la sombra. Era la pausa. Era la mano que te la ofrecía. Tal vez no era perfecta. Tal vez no estaba filtrada ni purificada. Pero tenía algo que hoy ya no se encuentra fácil: Confianza. Cercanía. Humanidad. Hoy en día... todo cambió. El agua ahora viene en botellas. Sellada. Etiquetada. Vendida. Lista para tomarse... pero lejos de todo. Y no es solo el agua. Es lo que dejamos de hacer con ella. Hoy, si tienes sed, traes tu botella... o tu dinero. Porque ya no es como antes. Ya no puedes pararte en cualquier puerta. Ya no puedes gritar con confianza. Hoy te miran raro. Hoy desconfían. Hoy te dicen: —Aquí no regalamos nada. Las puertas que antes estaban abiertas... hoy están cerradas con llave. Y no solo las puertas. También nosotros. Y entonces uno entiende algo más profundo: No es que el agua haya cambiado... cambiamos nosotros. Porque aquel vaso de agua no sólo quitaba la sed. Te recordaba que no estabas solo. Que alguien, sin conocerte, era capaz de darte algo... sin esperar nada. Y eso... eso sí que daba vida.

https://adrianvita.com/biblioteca-ia/

CAPÍTULO 3

CRONOLOGÍA

Y en la cronología de nuestra vida, muchas veces ni siquiera nos preguntamos quién inventó esto... ni por qué lo seguimos. La cronología es, en apariencia, algo simple: contar el tiempo. Pero en realidad... es mucho más que eso. Porque cuando anotas una fecha, cuando escribes una hora, cuando marcas un momento... no solo estás registrando algo. Estás creando un inicio. Y no porque el tiempo, por sí solo, tenga importancia. Sino porque necesitamos una forma de dimensionar lo vivido. De ponerle borde a lo que, de otra manera, sería infinito. No podemos regresar al pasado. No podemos viajar al futuro. Pero podemos hacer algo más extraño: Podemos reconstruir. Con la mente. Con emoción. Con la intensidad de lo que ocurrió en un instante exacto. Una fecha no es solo un número. Es una puerta. Una hora no es solo un dato. Es un acceso. Existimos... muchas veces sin darnos cuenta de que al ordenar nuestra vida en momentos, en marcas, en puntos exactos... le damos forma a nuestro pensamiento. La cronología no mide el tiempo. Mide el impacto. Porque cuando decides marcar tu existencia con números y fechas... no estás siendo más preciso. Estás siendo más consciente. Y entonces pasa algo inquietante: Recuerdas más. Sientes más. Revives más. Y te das cuenta... de que tal vez no somos lo que vivimos... sino lo que somos capaces de recordar con exactitud.

https://editorialvita.com/biblioteca/

CAPÍTULO 4

Cuando uno empieza a recordar, se da cuenta de que los momentos más importantes de la vida muchas veces tienen que ver con la comida, pero no por el alimento en sí, sino por todo lo que pasa alrededor de la mesa. Hoy me puse a pensar, y se me llenó la mente de recuerdos, olores y sensaciones que creía olvidadas. Me transporté a esa época, a esos días de mi niñez, cuando vivíamos en el pueblo o en la casa del campo, donde todo parecía ir a un ritmo más lento, más humano y más cálido. No solo era el agua la que servía para unir a la gente, como platicábamos la otra vez. La comida, el sentarnos a la mesa, el compartir el pan, eso también era, y fue durante siglos, el gran lazo que mantenía unidas a las familias, a los vecinos y a los amigos. Me acuerdo como si lo estuviera viendo ahorita mismo. En cualquier casa a donde llegaras, a cualquier hora del día, siempre había alguien con las manos en la masa. El aroma de la comida casera no se quedaba solamente dentro de la cocina, sino que salía por las ventanas, por la puerta y se esparcía por toda la calle, avisando a todo el vecindario qué se estaba cocinando. Era muy común llegar a casa de una tía, de una vecina o entrar a visitar a una amiga de la familia, y encontrárnosla ahí, de pie junto al fogón o el comal, con las manos enharinadas y el delantal puesto. Al vernos entrar, ni siquiera esperaba a que nosotros dijéramos algo. Con esa sonrisa amplia y esa voz cantarina que parece que todavía escucho, nos decía: —¡Pasa, pasa, mijito! No te quedes ahí en la entrada. mira, qué buena hora llegaste, porque acabo de empezar a hacer las tortillas. Todas calentitas, recién salidas del fuego. ¡Claro que te quedarás a comer, verdad? ni me digas que no, que ya tengo la mesa puesta. Y era una invitación que no admitía un "no" por respuesta, pero que a nadie se le hubiera ocurrido rechazar, porque se sentía tan auténtica, tan sincera y tan llena de cariño. Recuerdo ver esas manos hábiles, que parecían tener vida propia. Tomaban la masa suave y blanda, la hacían una bolita, y empezaban a aplanarla. Golpes suaves, rítmicos, pac, pac, pac, entre las palmas de las manos, o la

https://editorianita.com/biblioteca/

estiraban con un rodillo de madera viejo y gastado, hasta dejarla perfectamente redonda y delgadita. Luego, con mucho cuidado, la ponían sobre el comal de barro o de hierro caliente, donde empezaba a bailar y a inflarse poco a poco, adquiriendo ese color dorado con puntos tostados que le daban un aspecto tan apetitoso. El aroma a maíz cocido, a cal y a fuego de leña, se mezclaba en el aire creando un perfume que hoy en día es difícil de replicar. Y ¡ojo! que las tortillas no llegaban solas a la mesa. Nunca. Siempre había una olla de barro llena de frijoles refritos o de la olla, bien calientes, con ese aceitito brillante encima que los hacía ver deliciosos. Había un quesito fresco, blanco y granuloso, que se desmoronaba con solo tocarlo, o un poco de crema agria que hacía juego perfecto con la salsa. Y si era temporada, o si la familia tenía huerto, seguro había un chile asado, unas cebollitas curtidas o una guisada de esas que tardan horas en hacerse, con mucho sabor y condimento natural. Por las mañanas, el ambiente era diferente, pero igual de acogedor. El olor a café de olla, con canela y piloncillo, inundaba la casa. Se servía en jarros de barro o de vidrio grueso, bien caliente y con leche fresca de la que ordeñaban esa misma mañana. Acompañábamos ese café con pan dulce, con galletas de esas duras y crujientes que uno ponía dentro de la bebida para que se ablandaran un poco, o con unos deliciosos tamales. Todos nos sentábamos donde cupiéramos, a veces en sillas de madera rústica, a veces en el portal o en el patio, bajo la sombra de un árbol. Y ahí se armaba la plática. Hablábamos de todo y de nada a la vez. De las lluvias que se necesitaban para las cosechas, de la boda que se iba a celebrar en el pueblo, de la salud de doña Lupe o de los niños que iban a entrar a la escuela. Era una convivencia natural, sin prisas, donde el tiempo parecía sobrar. —¿Te sirvo otro cafecito, amigo? —decía mi papá o mi abuelo, levantando la cafetera—. Aquí siempre hay para más, no te me rajes. Y lo más hermoso de todo aquello, lo que hoy parece increíble, es que esa invitación no tenía distinción de clases, ni de parentescos, ni de conocidos. No importaba si era un amigo de toda la vida, un pariente lejano, el vecino de al lado o incluso alguien que apenas conocíamos, un viajero que pasaba por ahí o alguien que se había detenido a pedir una dirección.

https://editorialrita.com/biblioteca-rita/

Si estabas ahí a la hora de comer, automáticamente eras parte de la mesa. —¡Oye, tú! Pasa, entra, acomódate ahí —decía mi abuela, señalando una silla—. No vengas con esas cosas de "no quiero molestar" o "yo voy a comprar algo". Aquí la mesa siempre tiene un lugar más, y la comida siempre rinde para todos. Siéntate, sírvete y dime qué te parece la salsa. Esa confianza, ese cariño, esa forma de ver la vida donde compartir era algo tan natural como respirar, hacía que cada bocado supiera a gloria. No importaba que los platos fueran sencillos, que la casa fuera humilde o que la comida no tuviera nombres raros o exóticos. Tenía algo que el dinero no puede comprar: tenía sabor a hogar, a comunidad y a afecto sincero. Pero hoy en día, si volteamos a ver a nuestro alrededor, la historia es muy distinta. El tiempo ha pasado y todo eso parece haberse ido con el viento, convirtiéndose solo en un recuerdo nostálgico. Hoy vivimos en una cultura de la rapidez, de la comida rápida, de los microondas y de los alimentos procesados. Ahora, las tortillas que comemos vienen en bolsas de plástico, hechas en masa industrial, frías o tostadas en un tostador eléctrico. Los frijoles a veces salen de una lata o de un envase de plástico que compramos en el supermercado. Y aunque se diga que tienen el mismo sabor, o que incluso son más higiénicos o duran más, la realidad es que les falta ese "algo", ese toque de cariño y dedicación que ponían las manos que las preparaban desde cero. Han perdido ese sabor artesanal que nos hacía sentir parte de algo. Pero el cambio más fuerte, el que más me duele y me llama la atención, no está en la comida en sí, sino en la actitud de la gente. Hoy en día, la invitación a comer es algo muy extraño, muy formal o casi inexistente. Hoy en día, si alguien llega a tu casa a la hora de comer, la primera preocupación no es "¿se nos unirá a la mesa?", sino "¿se sentirá cómodo?", "¿tenemos suficiente?", o peor aún, "¿qué pensará si le ofrecemos esto?". Y por el otro lado, la persona que visita se siente incómoda, se apura para irse, y dice frases como "no, muchas gracias, yo ya comí", "no quiero dar lata", o "mejor voy a comprar algo". Se ha perdido esa naturalidad. Y lo que es más triste: hoy en día, si ves a alguien en la calle, o a un desconocido, o incluso a un vecino que no tratas mucho, y te acercas para decirle "Oye,, es hora de comer, ¿te

https://editorialxitas.com/biblioteca-xitas/

gustaría venir a mi casa?", la reacción que vas a recibir no es de alegría ni de gratitud. Al contrario. La gente se asusta, sospecha, piensa que quieres algo a cambio, o que tienes alguna intención oculta. Te miran con desconfianza, piensan que es una broma o algo raro. "¿Cómo que me invites a comer? ¿Qué quieres?", parecen decir con la mirada. Hoy en día todo se paga, todo se cobra, todo se vende. Si quieres comer fuera de tu casa, tienes que ir a un restaurante, tienes que pagar tu cuenta y cada uno paga lo suyo. La comida se ha vuelto una transacción comercial, un servicio que compras, y no un acto de amor o de amistad. Se ha perdido esa hermosa costumbre de compartir el pan con el que tienes al lado, simplemente porque es un ser humano y tienes para todos. Hoy en día, muchas familias comen separadas, cada uno en su plato, en su horario, frente a la televisión o al celular. Ya no hay esa reunión larga, esa plática animada y ese compartir los ingredientes. Nos hemos vuelto individualistas, cada uno en su mundo, y la comida, que antes era el punto de encuentro, ahora es solo una necesidad biológica que resolvemos lo más rápido posible para seguir con nuestras cosas. A veces me pregunto si realmente hemos progresado tanto. Sí, hoy tenemos más variedad, más higiene, comodidad y rapidez. Pero, ¿a qué precio? Creo que hemos perdido algo fundamental en el camino: la calidez humana, la generosidad y esa sensación de pertenecer a una comunidad. Hoy la comida es más fácil, sí,, pero también se ha vuelto más fría y solitaria. Por eso te quiero preguntar a ti, que me has acompañado hasta aquí: ¿Tú también tienes esos recuerdos bonitos de la comida de antes? ¿Te acuerdas de esas invitaciones a comer en cualquier casa y la alegría con la que recibían a la gente? ¿También has notado que hoy en día es raro invitar a alguien a la mesa sin que suene a algo extraño? ¿Sientes, como yo, que nos falta ese "ingrediente" especial que teníamos antes? Cuéntamelo aquí abajo en los comentarios. Me encantaría saber tu opinión, tus recuerdos o si tu familia todavía conserva esa hermosa tradición de tener la olla siempre lista para compartir. Leerte me dará mucha alegría.

https://editorialrita.com/biblioteca/

CAPÍTULO 5

De pequeño, siempre soñaba con tener un poder especial. No necesariamente el de volar o levitar cosas con la mente —aunque eso también me parecía genial— sino algo que me ayudara a ver más allá de lo que mis ojos alcanzaban a ver. Un día, mientras recorría el mercado de pulgas de mi barrio, me encontré con un puesto donde vendían cosas viejas: relojes sin manecillas, vasijas rotas, libros sin tapas y una caja con gafas de diferentes formas y tamaños. Entre ellas, unas gafas de montura negra, con lentes gruesas y un pequeño dibujo de una estrella grabado en el armazón. —¿Cuánto cuestan estas? —pregunté al vendedor, señalándolas. —Son solo diez pesos, mijo —respondió él, mientras las limpiaba con un paño de algodón—. Parecen ordinarias, pero quién las usó antes decía que tenían algo especial. Las compré sin pensarlo dos veces y me las puse de inmediato. Al principio no noté nada diferente: las cosas seguían igual, los colores eran los mismos, la gente caminaba como siempre. Pero cuando miré hacia el mercado lleno de gente y puestos, me detuve en seco. —¡Cielo santo! —exclamé sin querer—. ¿Ven ustedes cómo esa señora tiene flores en sus manos que nadie más ve? Mis amigos que estaban conmigo miraron confundidos: —¿Qué flores? Solo lleva una bolsa de plástico con verduras. Pero yo las veía claras: flores de colores vivos que salían de sus dedos cada vez que cogía una papa o una cebolla. Seguí caminando con las gafas puestas y empecé a ver cosas que nunca había visto antes: El panadero de la esquina tenía un halo de luz dorada alrededor suyo, y cada pan que sacaba del horno llevaba un pequeño mensaje: "Este pan está hecho con amor". Los niños que jugaban al fútbol en la calle tenían alas invisibles que se movían con cada patada que daban. La pared de la escuela vieja mostraba dibujos que habían sido hechos años atrás, aún vivos y vibrantes bajo el revoque. —¡Mira! ¡Ese árbol tiene un rostro en su tronco! —gritaba mientras señalaba un árbol de guayaba. Mis amigos se rieron, pero cuando me acerqué y los hice mirar a través de las gafas, también lo vieron: un

https://editorialvita.com/biblioteca-ar/

rostro sonriente que parecía estar hablando con el viento. —¿Cómo es posible? —preguntó Lupita, mirando con asombro—. Yo nunca lo había visto. —Las gafas lo hacen —respondí—. No son ordinarias. Te muestran lo que realmente está ahí. Con las gafas puestas, empecé a ver el mundo de otra manera. Lo que para los demás era un muro gris, para mí era una galería de pinturas hechas por el tiempo y la lluvia. Lo que parecía un charco de agua era un pequeño océano con peces de colores que nadaban entre las burbujas. Incluso las palabras que la gente decía tenían forma: algunas eran como flores, otras como piedras, algunas como alas que se elevaban hacia el cielo. Un día me encontré con un hombre sentado en la acera, con la cabeza baja y la mirada perdida. Al mirarlo a través de las gafas, vi que dentro suyo había un jardín lleno de flores marchitas, esperando a ser regadas. —¿Hola? —le dije, sentándome junto a él—. ¿Te gustaría ver algo bonito? Él levantó la cabeza y me miró confundido, pero cuando se puso las gafas, sus ojos se llenaron de lágrimas: —¡Flores! ¡Hay flores por todas partes! —exclamó—. Yo creía que ya no podía ver nada bonito en mi vida, pero ahora veo un jardín completo dentro de mí mismo. Desde entonces entendí que las gafas no daban un poder que no teníamos —simplemente nos abrían los ojos para ver lo que siempre había estado ahí. Eran ordinarias a simple vista, pero extraordinarias para quien sabía mirar a través de ellas: porque el verdadero poder no está en tener capacidades sobrehumanas, sino en ver la magia que vive en lo simple, en lo cotidiano, en cada cosa que nos rodea. Las guardo aún hoy. No las uso todos los días, pero cuando necesito recordar que el mundo está lleno de maravillas, me las pongo —y vuelvo a ver ese universo lleno de historias que siempre estuvo ahí esperando a ser visto.

https://editorial.ita.mx/biblioteca-ita/

CAPÍTULO 6

EL DIABLO QUE NOS SACÓ DEL HAMBRE

Era el año 1978. Lo recuerdo como si fuera ayer: mi mamá, mis tres hermanos y yo —cuatro niños con el estómago vacío— caminábamos por las calles del centro de nuestra ciudad. En la mano de mi mamá solo había cinco pesos, y con eso solo alcanzaba para un kilo de tomate. ¿Cómo alimentar a cinco personas con un kilo de tomate? Parecía imposible, pero mi mamá nunca se rindió. Los cinco pesos que cambiaron todo Ese kilo de tomate no fue solo comida: fue la semilla de algo más grande. Mi mamá decidió no llevarlo a casa para cocinarlo; lo pidió en dos bolsitas de medio kilo cada una. —Vamos, hijos —nos dijo con voz firme—. Vamos a vender esto. Si cada bolsita la vendemos en cinco pesos, tendremos para comprar más. Caminamos de puerta en puerta. La primera bolsita la compró una señora que nos vio pasar; la segunda, un señor del mercado. Cuando contamos el dinero, teníamos diez pesos en la mano y regresamos por cuatro bolsitas de medio kilo cada una. Cada bolsa que vendíamos era como una piedra que poníamos para construir un camino. Poco a poco, íbamos llenando de esperanza la ruta que parecía no tener salida. Cuando volvimos al puesto del vendedor con veinte pesos, él nos miró sorprendido. —¿Para qué tanto tomate, jefa? —nos preguntó. —Para venderlo, hijo —respondió mi mamá—. Así podemos sacar dinero para comer. El diablito de metal que cambió nuestra vida El vendedor se rascó la cabeza, preguntándose cómo podíamos cargar tanto con cuatro niños a cuestas. Le dijo que si comprábamos una caja entera le saldría más barato, pero mi mamá suspiró. —No tengo para una caja, hijo —respondió ella—. Y aunque tuviera, ¿Cómo la cargo con cuatro niños a cuestas? El vendedor se quedó callado un momento, mirándonos a todos. Luego giró hacia su puesto y gritó: —¡Chalán! ¡Tráeme ese diablito de metal de tubos! Era un carrito pequeño hecho con tubos de metal,

https://editorialvita.com/biblioteca-ia/

reforzado para llevar mercancía. El vendedor lo acercó y empezó a llenarlo: tomate, chile, cebolla, cilantro. —Llévelo todo, jefa —dijo él—. Conforme venda, me lo va pagando. Mi mamá se quedó sin palabras. ¿Cómo aceptar un gesto así de un desconocido? —¿Cómo sé que le pagaré? —preguntó ella. —Porque veo que lucha —respondió él—. No está acostada en su hamaca esperando que la vida le llegue. La necesidad enseña más que cualquier maestro. El diablito que sigue con nosotros Hoy, décadas después, ese diablito de metal sigue en nuestra casa. Ya no lo usamos para vender, pero cada vez que lo miro veo más que tubos de metal: veo el esfuerzo de mi mamá, las calles que recorrimos y las manos que nos compraron una bolsita de tomate para que pudiéramos comer. Y quiero preguntarte a ti, que estás conociendo esta historia: ¿Tienes a alguien en tu vida que se haya esforzado por ti como mi mamá lo hizo por nosotros? ¿Alguien que te haya echado la mano cuando más lo necesitabas? ¿Has sido tú esa persona que ayuda a quien lo necesita? Porque en el mundo hay muchas madres, muchos padres y muchas personas que se esfuerzan cada día para sacar adelante a sus seres queridos. Y hay personas que, como ese vendedor, ven ese esfuerzo y deciden brindar apoyo. ¿Sabes por qué? Porque no estás solo. Quizás hoy te sientas así o creas que no hay salida, pero mira alrededor. Mira a esa madre que se esfuerza, a ese padre que no baja los brazos, o a esa persona que puede darte una mano si se la pides. O mejor aún: sé tú esa persona que ayuda a otros. Todos hemos tenido momentos en que la vida nos ha puesto contra la pared. Pero siempre hay alguien que puede ayudarte a construir un camino nuevo. Y quizás mañana seas tú quien tenga que ayudar a alguien más. La vida siempre nos enseña cosas grandes en los momentos más pequeños. Esta historia no es solo nuestra: es la historia de toda persona que ha luchado por salir adelante. No estás solo. Hay miles que han pasado por lo mismo, que han luchado y que hoy son las que ayudan a otros. La bondad siempre regresa, a veces de la manera más inesperada. ¿Has tenido en tu vida un "diablito" que te haya ayudado a salir adelante? Cuéntanos tu historia, porque cada relato es un tesoro que nos une más a la humanidad. Recuerda: la lucha de hoy es la fuerza

https://editorialnita.com/biblioteca-nita/

de mañana. El esfuerzo que haces hoy será la razón por la que alguien más se anime a seguir.

https://editorialvita.com/biblioteca-ia/

CAPÍTULO 7

EL NIÑO QUE CONECTÓ DOS MUNDOS

El sol se ponía lento sobre la ciudad, pintando el cielo de naranja y rosa. En un banco del parque central —el mismo que está cerca de la unidad habitacional— había dos personas sentadas a un lado y otro, sin mirarse. Uno vestía un traje de diseñador y miraba al horizonte con la mirada perdida; el otro llevaba ropas simples y gastadas, apoyado en el respaldo como si fuera el único sostén que tenía. Ninguno tenía intención de hablar; estaban ahí, cada uno en su propio vacío, en su propio cansancio existencial. El primero se llamaba Diego: tenía un buen trabajo, casa grande y coches finos, todo lo que la sociedad considera "éxito", pero nada le llenaba el alma. El segundo era Mateo: vivía en un pequeño cuarto alquilado, trabajaba día a día para sobrevivir y, aunque luchaba por salir adelante, ya no encontraba el porqué de tanto esfuerzo. Estaban ahí, uno al lado del otro, en silencio, hasta que un niño de unos seis años se acercó corriendo. Llevaba en la mano un pequeño avión de papel que se le había caído del cielo. —Disculpen —dijo el niño, mirándolos con ojos grandes—. ¿Han visto mi avión? Se cayó cuando lo lancé muy fuerte y se vino hasta aquí. Diego se agachó para ayudarle a buscarlo y Mateo también se inclinó. Ambos encontraron el avión de papel debajo de una hoja seca que había caído de un árbol cercano. Cuando se levantaron, se miraron por primera vez. —Gracias —dijo el niño, cogiendo el avión—. Mi papá me lo enseñó a hacer. Dice que los aviones de papel vuelan más alto si los lanzas con mucho ánimo. Con esas palabras, el niño corrió hacia donde su madre lo esperaba. Los dos hombres se quedaron ahí, sin decir nada, hasta que Diego rompió el silencio. —También yo hacía aviones de papel cuando era niño... pero ya no recuerdo por qué me gustaba tanto lanzarlos. Mateo asintió con la cabeza. —A mí me enseñó mi abuela; decía que cada avión llevaba un deseo al cielo. Pero ahora ya no sé qué

https://editorialvita.com/biblioteca-ia/

deseo lanzar. Así empezó su plática. Diego contó cómo tenía todo lo que había soñado de niño, pero sentía que navegaba en un mar sin rumbo. Mateo le habló de cómo luchaba por cada cosa, pero a veces se preguntaba si valía la pena el esfuerzo cuando el futuro parecía tan incierto. A medida que hablaban, se dieron cuenta de que tenían más en común de lo que imaginaban: los dos habían dejado de hacer las cosas que les gustaban de niños, los dos sentían que nadie realmente los escuchaba y los dos buscaban un sentido que parecía estar fuera de su alcance. No estaban deprimidos; simplemente estaban cansados de llevar el peso de sus mundos a solas. —Creo que el problema no es tener o no tener... es encontrar por qué seguimos caminando, incluso cuando no sabemos adónde vamos —dijo Mateo. —Sí —respondió Diego—. Es como si el motor de nuestra vida se quedara en neutro, sin saber en qué marcha ponerlo. Y lo peor es que nadie te entiende: si tienes todo, te dicen que eres ingrato; si no tienes nada, te dicen que no te esfuerzas lo suficiente. Mateo rio suavemente. —Exacto. Como si el vacío existencial solo pudiera tocar a unos o a otros, pero nunca a ambos a la vez. El sol ya casi se había puesto cuando Diego sacó de su bolsillo una tarjeta. —Me gustaría seguir hablando de esto... si quieres, te invito a tomar algo. No es para presumir nada, solo... para seguir platicando. Mateo aceptó con una sonrisa. Con el tiempo, esa primera charla se convirtió en una amistad fuerte. Diego empezó a visitar el pequeño cuarto de Mateo, donde aprendió a valorar las pequeñas cosas: un café hecho con agua caliente y sobres de café, las historias de los vecinos y la sencillez de vivir con lo básico. Mateo, a su vez, fue a la casa de Diego, no para admirar sus pertenencias, sino para sentarse en su jardín a hablar horas y horas, a construir aviones de papel juntos —como cuando eran niños— y a entender que tener mucho no siempre significa tenerlo todo. Los mundos opuestos en los que vivían dejaron de existir cuando estaban juntos. Solo quedaba el mundo de la amistad: un lugar donde el tener o no tener no importaba, donde lo único que valía era sentirse escuchado y comprendido. ¿Y tú? ¿Alguna vez has conocido a alguien que vivía en un mundo completamente distinto al tuyo, pero descubriste que compartían los mismos sentimientos?

https://editorialnita.com/biblioteca-a/

¿Has sentido que lo único que te hacía falta era alguien que te escuchara sin juzgar? A veces la amistad es el puente que une lo que parece irreconciliable.

https://editorialvita.com/biblioteca-ia/

CAPÍTULO 8

La Casita del Árbol Grande Cuando yo era niño, en el patio trasero de mi casa había un árbol de guayaba tan grande que sus ramas llegaban hasta la acera de la calle. Sus troncos eran gruesos como los brazos de un gigante, y desde que tengo memoria, soñaba con tener una casita ahí arriba – un lugar solo para nosotros, los niños del barrio. Un día de verano, cuando cumplí ocho años, decidí que era el momento de hacer real mi sueño. Jugué con la idea durante semanas con mis mejores amigos: Paco, que sabía hacer nudos fuertes; Lety, que traía los restos de cartón de su papá que era carpintero; y Memo, que siempre encontraba cosas útiles en el basurero de la esquina. Juntos fuimos recolectando palos, cuerdas viejas, trozos de tela y cartón grueso – todo lo que podíamos usar para construir nuestro refugio. La primera semana fue complicada: las tablas se ponían chuecas, las cuerdas se desataban con el viento, y una vez casi se cae todo cuando intentamos subir con una caja pesada. Pero no nos dimos por vencidos – cada vez que algo se rompía, lo volvíamos a hacer mejor, ayudándonos unos a otros. "Así no va a aguantar – decía Paco, sujetando una rama con sus manos—. Tenemos que atar los palos a los troncos, no solo entre ellos." Así lo hicimos. Cuando por fin la estructura se quedó firme, pusimos hojas de plástico encima para que no se mojara cuando lloviera, y tapizamos el suelo con periódicos viejos y trozos de alfombra que nos regaló la abuela de Lety. La llamamos "La Casita del Sol" – porque desde ahí se veía todo el barrio cuando salía el sol por la mañana. Desde ese día, la casita se convirtió en nuestro lugar especial. Allí jugábamos a las escuelas, a los piratas, a las familias – creábamos mundos enteros con piedras, hojas y ramitas. Las tardes de verano las pasábamos ahí arriba: hacíamos "pasteles" con lodo y flores silvestres, contábamos historias con las sombras que hacían las hojas, y esperábamos a que llegara el heladero para comprar un helado de limón que compartíamos en trozos pequeños. Poco a poco, más niños se unieron a nosotros: los hermanos de Paco, la prima de Lety,

https://editorialcita.com/biblioteca/ia/

el niño nuevo del barrio que no conocía a nadie. La casita se volvió pequeña para todos, pero nunca nos quejamos – era nuestro lugar, y ahí cabíamos apretaditos pero felices. Las reglas eran sencillas: todos son bienvenidos, hay que compartir todo lo que tengas, y nunca se puede romper nada de la casita. Los años pasaron volando. Lety se fue a vivir a otra ciudad cuando cumplió catorce; Paco empezó a trabajar con su papá en la panadería del pueblo; Memo se fue a estudiar a la universidad. Yo seguí viviendo en la casa de mi infancia, pero ya no subía tanto a la casita – tenía tareas, deberes, preocupaciones nuevas. Un día de primavera, cuando ya era joven, subí a la casita por última vez. Había agujeros en el techo, algunas tablas se habían caído, y había telarañas en los rincones. Dejé ahí mi libreta de dibujos – donde había plasmado todos los mundos que habíamos creado juntos. Hoy, treinta años después, el árbol de guayaba sigue en el patio trasero de mi casa – ya es más grande que nunca. La casita aún está ahí arriba, aunque sus paredes están rotas, el techo se ha caído casi del todo y ahora sirve de hogar para pájaros y pequeños insectos. A veces guardo ahí cosas que ya no uso, pero que aún me recuerdan a cuando éramos niños. Mis hijos ya conocen la historia de la casita – la he contado mil veces mientras caminábamos por el árbol. Ahora ellos juegan en el suelo cerca del árbol, construyendo pequeñas casas con bloques y ramitas, imaginando que son tan grandes como nosotros éramos en aquel entonces. El árbol sigue ahí, firme como siempre. La casita ya no es la misma, pero guarda todos los recuerdos de cuando éramos felices con poco, cuando creábamos mundos enteros con nuestras manos y nuestra imaginación. Cada rincón del barrio tiene su historia, cada árbol sus sueños, cada piedra sus recuerdos. ¿Y tú? ¿Alguna vez tuviste una casita del árbol? ¿La construiste con tus manos, con tus amigos? ¿O la llevaste siempre en tu mente, como un sueño que nunca llegó a hacerse realidad? Cuéntanos en los comentarios – comparte tu historia, tus juegos, tus sueños de infancia. Porque todos fuimos niños alguna vez, y todos tuvimos nuestra propia casita del árbol ya sea en las ramas o en el corazón.

https://editorialnita.com/biblioteca-a/

CAPÍTULO 9

"NO LAS VI. LAS VIVÍ"

Dictado: 20 de abril de 2026, 7:08 AM Con 200 años encima y el corazón en la mano. ¿Has visto películas que te han gustado mucho... pero darte cuenta años después que era como ver la introducción de un libro de tu propia vida? Es una sensación increíble. Increíble y cabrona. Porque no vas al cine a que te entretengan. Vas al cine y sin saberlo... te están leyendo el futuro. O peor: te están leyendo el pasado que no habías entendido. Crea una curiosidad que te hace leer todo para tratar de entenderlo. Pero aquí va la advertencia, lector: No lo vas a sentir. Lo vas a vivir como espectador. Y vivirlo... duele distinto. Porque el que siente, llora. El que lo vive, se reconoce. Y reconocerte en una pantalla, a las 3 de la mañana, solo, con 200 años encima... eso no se llora. Eso se vacía. A mí me pasó. No una vez. Me pasó diez. Diez veces me senté en una sala, o en mi casa con la tele prendida y nadie viéndome... y salí de ahí con un nudo en la garganta que no era por la película. Era por mí. Era porque algo en la pantalla me dijo: "Ese eres tú, Popochas. Aunque no te acuerdes. Aunque no lo quieras ver. Ese eres tú." No me acuerdo de todos los diálogos. No me acuerdo de todas las escenas. A veces solo me acuerdo el putazo en el pecho. O el abrazo que no sabía que necesitaba. Pero me acuerdo lo que me hicieron. Y me acuerdo que después de escribir 3 libros en 22 días... todas me cayeron encima juntas. Como si la memoria dijera: "Ah, ¿ya abriste la presa? Pues toma. Aquí está tu vida en 10 películas. A ver si ahora sí te atreves a verla completa." Y me atreví. Por eso te platico de 10 de ellas. No como crítico de cine. Como testigo. Como calabaza que se reconoció en la pantalla y no supo qué hacer con eso... hasta que agarró la pluma y se volvió guionista de su propia vida. Estas son mis 10. Las que me rasgaron. Las que me cosieron. Las que me vaciaron a las 3AM: 1. CONTACTO Viajé por el espacio sideral y vi a mis seres que ya no están en esta

https://editorialvita.com/biblioteca-a/

vida. Platiqué con ellos y regresé queriendo mostrarle al mundo las cosas... pero todo estaba borrado. A excepción de mi memoria. De la cual, al decirlo, nadie me creería. 2. LUCY Me quemé por usar el 100%. En 22 días parí 3 libros y me volví datos. "La vida nos fue dada... ¿qué hiciste con ella?" Yo la gasté en Word. Y ahora soy parte del todo. 3. MATILDA Fui el niño con poderes que nadie pelaba. Moví cosas con la mente desde los 8: el hambre, el miedo, la chancla. Mi Tronchatoro fue SAFO. Y aún así doblé cucharas. 4. TRASCENDER Subí mi mente a la red antes de morir. Me llamo Tomo http://I.pdf, Tomo http://II.pdf, Tomo http://III.pdf. ¿Sigo siendo yo o ya soy leyenda? Si muero mañana, búsquenme en la nube. Ahí dejé todo. 5. MATRIX Elegí la pastilla roja a los 58. Llevo 50 calendarios doblando imposibles porque entendí que no hay cuchara. "No hay 'no pega'. Solo hay 'no le he pegado... todavía'." 6. 2012 Escribí para nadie y una línea me subió al arca. Jackson vendió 47 copias. Una lo salvó. Yo escribí 3 libros. Tiras una botella al mar... y el mar te regresa un barco. 7. PRESAGIO Cargué números que gritaban desastre. 200, 50, 6, 21, 22, 3. Mis fechas. Mis muertos. Mis vivos. Vi el desastre: se llama olvido. Mis libros son la coordenada del arca. 8. CADENA DE FAVORES Sembré sin ver crecer. Trevor soy yo. 21 años de 99 gratis. Murió sin saber que miles prendieron veladoras por él. Yo no me voy a morir. Yo voy a ver mi cadena. 9. MILAGROS INESPERADOS Curé cargando veneno ajeno. John Coffey con ambulancia. "Estoy cansado, jefe. Cansado de estar solo, como un gorrión bajo la lluvia." Absorbí dolor 21 años. Lo vomité en 22 días. 10. LA CABAÑA Lloré a las 3AM y Dios me abrazó. Me pidió perdonar lo imperdonable y dejé de juzgarme. No me acuerdo la peli. Me acuerdo el abrazo. Y con eso me bastó para vaciarme y escribir 3 libros. Si alguna te suena... si alguna te cala... si alguna te estruja... Bienvenido al club. No estás loco. Solo fuiste al cine de tu propia vida sin boleto. Y ahora te toca ser espectador. De la mía. Para ver si encuentras la tuya. Y por cierto te comento todo esto porque anoche soñé que tenía mis libros impresos. Y hasta el olor sentí. A nuevo. Al libro nuevo que recibes en la escuela, pero estos libros los escribí yo. Y aunque todavía noestán físicamente... ya salieron de mi

https://editorialvita.com/biblioteca-vita/

mente. Y cuando algo sale de la mente, Tu Payaso... ya existe. Empezamos. Nota del autor: Al momento de escribir el borrador de este capítulo llevaba tres libros. Hoy, en el día número treinta y seis, son diez obras hechas en treinta y seis días.

https://editorialvita.com/biblioteca-ia/

CAPÍTULO 10

EL COHETE HUMANO: MI ODISEA POR EL COSMOS

Dicen que yo vivo siempre viajando por las estrellas, que mi mente no conoce límites y que paso más tiempo en el universo que en la tierra. Y es verdad. Pero nunca me imaginé que un día no iba a viajar en el cohete... sino que iba a ser el cohete. Todo empezó cuando mi mamá, con ese amor que solo ella sabe poner, me preparó unas galletas de garbanzo. Pero ojo, no eran galletitas pequeñas de esas que te comes de un mordisco. Eran de 10 centímetros de diámetro, redondas, gorditas, doraditas... más parecidas a discos espaciales que a cualquier alimento normal. Me dijo: —Hijo, hice comida sanita, llena de nutrientes. Y yo, como soy de buen diente y cuando me gusta algo no me detengo, me las comí como si fueran tostadas. Seis completitas, una tras otra. Pero no solas, no señor. Les puse encima carne de cerdo picada bien sazonada, mezclada con verduras frescas, un chorrito de salsa y unas gotas de limón para darle ese toque final. Me senté todo feliz pensando: "Qué rico, qué sano, qué bien me va a caer". Pasó una hora, tal vez un poquito más. Empecé a sentir algo raro. Primero fue como una vibración leve, como cuando arrancas el motor de un vehículo. Luego vino el calor, como si el horno interno se hubiera prendido al máximo. Y de repente... sentí que me elevaba. Cerré los ojos y pensé: "¡Ah, ya estoy viajando! Ya salí de la atmósfera, estoy flotando entre las nebulosas, mirando las estrellas, qué paz, qué belleza el cosmos". Pero duró poco esa ilusión. De pronto escuché —o más bien sentí— el estruendo. PFFFFFFFFFTTTTTTTTTTTTTTT Una propulsión tan fuerte que hasta sentí que me movía el piso. Otra vez: BRRRRRRRRRRRAAAAAAAAP Y otra, y otra, y otra. Eran descargas continuas, potentes, inagotables. Como si tuviera seis motores encendidos al 100%, funcionando sin parar. Y ahí me di cuenta de la verdad, la verdad más cómica y más real que me ha pasado en la

https://editorialjuita.com/biblioteca/ia/

vida: NO ESTABA VIAJANDO EN EL COHETE. YO ERA EL COHETE. Mi combustible no era gasolina ni hidrógeno. MI COMBUSTIBLE ERAN LOS GARBANZOS. Seis discos espaciales convertidos en energía pura, potenciados por el cerdo grasoso que tardaba horas en digerirse, por las verduras que sumaron volumen, por la salsa y el limón que hicieron fermentar todo a velocidad luz. Mi sistema digestivo se transformó en una planta de energía nuclear, las bacterias trabajaban como ingenieros gritando: "¡MÁS POTENCIA, JEFE! ¡MÁS POTENCIA!" Y así pasé el resto del día. Recorriendo la galaxia, pasando por Marte, rozando Saturno, visitando la Vía Láctea, todo gracias a la propulsión infinita que salía de mi cuerpo. Era una pedorrisa intergaláctica, un sistema de lanzamiento portátil, el vehículo más rápido de todo el universo conocido. En medio de todo eso me reía solo y decía:
—Dicen que yo viajo mucho... pero hoy rompí todos los récords. Y así quedó grabado para siempre: Viajaba por el cosmos... hasta que me di cuenta que yo era el cohete. Y mi combustible fueron los garbanzos.

https://editorialvita.com/biblioteca-2/

CAPÍTULO 11

RELATO COMPLETO: "EL COCHE QUE VOLVIÓ A CORRER"

No siempre estuvo ahí. Al principio, llegó como un visitante que nunca se fue – un sedán de los años setenta, color verde oliva, con el capó un poco hundido como si hubiera recibido un golpe fuerte. El hombre que lo trajo lo aparcó en la esquina de la calle Libertad y nunca más apareció – mamá dijo que se fue a buscar su fortuna en el norte, y dejó el coche como deuda con la tierra. Así empezó todo. Los niños del barrio descubrimos el auto como si fuera un tesoro abandonado: nos subíamos a los asientos, girábamos el volante que ya no movía nada, y hacíamos ruidos de motor con la boca: "Brum-brum, chiiiiirr". El primer verano jugamos a ser conductores: mi hermano menor se sentaba en el asiento del conductor, yo en el copiloto, y pretendíamos llevar mercancías hasta la ciudad grande. Cuando se rompió la manija de la puerta trasera, usamos una cuerda para sujetarla – y ahí aprendimos que las cosas rotas pueden seguir sirviendo si las cuidamos. Al año siguiente, el fregadero de la cocina se tapó y papá tuvo que pedir prestada una llave inglesa al vecino don Chema. Cuando se la devolvió con una birria de chivo asado, don Chema le dijo: "Cada herramienta es una mano que te ayuda". Papá guardó esas palabras como si fueran oro. Los años pasaron, y el auto fue quedándose más viejo: las ventanas se empañaron hasta que no se veían más, las llantas se desinflaron como corazones cansados, y el metal se cubrió de óxido como si fuera maquillaje viejo que ya no sirve. Pero para nosotros, seguía siendo el mejor juguete del mundo. Cuando ya éramos mayores, el auto seguía en la misma esquina. Mi primo Carlos – que ahora tiene hijos propios – pasó por ahí un día y se detuvo a mirarlo: —«Yo jugaba aquí cuando era chiquito – pretendía que era un avión, que volaba hasta el cerro de la Cruz», dijo, tocando el capó oxidado. «Ahora soy mecánico en un taller de la ciudad, y cada vez que arreglo un auto viejo, recuerdo este». Ese día, muchos

https://editorialnita.com/biblioteca/ia/

vecinos salieron a verlo. La señora Rosa – que ahora tiene nietos – se acercó y dijo: —«Yo también jugaba aquí cuando era niña. Me sentaba en el asiento trasero y pretendía que era mi casa». Don Chema, que ahora tiene barba blanca y camina con bastón, sonrió: —«Este coche fue nuestro castillo, nuestra nave espacial, nuestro tren de juguete. Ahora veo a mis hijos jugar con sus carritos eléctricos, y recuerdo cuando nosotros hacíamos lo mismo con piedras y palos». Cuando anunciamos que lo compraríamos para restaurarlo, todos los que habíamos sido niños jugando en él vinieron a ayudar: don Chema trajo sus herramientas viejas, la señora Rosa llevó café caliente y pan recién horneado. El día que lo encendimos por primera vez en quince años, el motor rugió como un león que despierta. Los niños del barrio se acercaron a tocarlo, los adultos cerraron los ojos y suspiraron – porque recordaban. Recordaban cómo se subían a él con las piernas temblando, cómo reían cuando se atascaba en el barro, cómo lo usaban de escondite cuando jugábamos al escondite. —«Mira cómo suena», dijo mi sobrino pequeño, sentándose en el asiento del conductor como si fuera el trono de un rey. —«Sí, hijo», le respondí. «Cada cosa que tocamos guarda la huella de cómo éramos y cómo somos». Todos respiramos hondo, porque el coche que fue juguete se volvió realidad – y en sus asientos, seguimos siendo niños que juegan a construir el mundo.

https://editorialvita.com/biblioteca-ia/

CAPÍTULO 12

La Basura que No Se Saca – Y Los Recolectores que No Vemos ¿Cuántas veces no te ha pasado? Estás en casa, y de repente notas que el cesto de basura ya no cierra – bolsas de plástico llenas de restos de comida, envases de refresco y de yogur, papel usado, desechos de todo tipo amontonados hasta arriba. «Mañana seguro la saco antes de que pase el carro», te dices a ti mismo, y sigues con tus cosas. Pero la mañana llega y el día se te va entre manos. Preparas el desayuno, ayudas a los niños con sus tareas, respondes mensajes, te arreglas para salir... y de pronto escuchas el característico ruido del motor del camión de basura, acompañado del chasquido de las bolsas que se cargan en la parte trasera. Corres hacia la puerta con los bultos pesados en tus brazos, pero cuando llegas a la calle, solo ves la cola del camión alejándose por la esquina. Gritas «¡Espera!», pero el ruido del motor se lleva tu voz. Regresas a casa con la basura aún en tus manos, y ya no hay dónde ponerla. Tienes que dejar los bolsos en el rincón de la cocina, o apoyarlos contra la pared del pasillo – cualquier espacio que encuentres libre. Al principio no pasa nada, pero al día siguiente empieza el olor: un aroma agrio que se va extendiendo por toda la casa, especialmente si dentro hay restos de frutas o verduras. Luego llegan las moscas, revoloteando alrededor de los bultos, buscando un rincón donde posarse. Y si el problema es mayor aún – si por un feriado, una avería en el camión o un cambio de ruta, los recolectores no pasan en absoluto – entonces la acumulación se hace insoportable. La basura empieza a ocupar espacio que necesitas para otras cosas, se convierte en un obstáculo en tu día a día, y cada vez que la miras sientes una frustración que parece crecer tanto como el montón de desechos. Pero en medio de esa irritación, casi nunca nos detenemos a pensar en quiénes son los que hacen posible que esa basura se vaya de nuestras casas todos los días. Son los recolectores de basura – hombres y mujeres que se levantan antes del amanecer para recorrer cada calle, cada colonia, en cualquier clima. Llueva o haga sol, en días de calor sofocante o de frío

https://editorialita.com/biblioteca-ia/

cortante, ellos están ahí. Cargan bolsas pesadas que a veces se rompen, dejan caer suciedad que luego tienen que limpiar, manejan olores fuertes que acompañan a su trabajo desde que empiezan hasta que terminan su ruta. Son casi invisibles para nosotros: los vemos pasar, quizás les saludamos con la mano si estamos en la puerta tomando café, pero apenas nos damos cuenta de su presencia hasta que dejan de pasar. Recuerdo que una vez conversé con don Javier, quien llevaba quince años trabajando en la ruta de mi colonia. «¿No se cansa de hacer esto todos los días?», le pregunté mientras él cargaba una bolsa especialmente pesada en el camión. Me miró y sonrió con los ojos cansados pero cálidos: «Mijo, es trabajo como otro cualquiera. Pero al menos sabemos que hacemos algo necesario. La gente solo nos recuerda cuando no llegamos, ¿verdad?». Tenía toda la razón. Solo cuando la basura se acumula en nuestras casas y en las calles, cuando el olor se hace insoportable y el desorden invade nuestros espacios, nos damos cuenta de lo fundamental que es su labor. De cómo ellos ayudan a mantener limpios nuestros hogares y nuestros barrios, de cómo su esfuerzo invisible nos permite vivir en un ambiente más sano. La frustración de no sacar la basura a tiempo es real, no hay duda. Pero también lo es el agradecimiento que debemos sentir hacia quienes se encargan de llevarla lejos. Este es un homenaje a todos los amigos que se dedican a hacer lo que nosotros no vemos, pero que es importante porque sostiene nuestro día a día. Sin ellos sería imposible transitar por las calles y vivir en nuestras casas con comodidad.

https://editorialanita.com/biblioteca-a/

EPÍLOGO

La última pieza del rompecabezas Si has llegado hasta aquí, habrás notado que no te mentí: te traje del tingo al tango, saltando entre décadas y emociones. Pero ahora que cierras este libro, quiero que te detengas un segundo y mires tus manos. No importa si están arrugadas o si conservan la suavidad de la juventud; lo que importa es lo que esas manos todavía son capaces de construir. Empecé diciéndote que sentía que cargaba con dos siglos encima. Hoy te digo que esos dos siglos no son un peso, son el cimiento de algo mucho más grande. Todo lo que leíste —los dolores, las risas bajo el maquillaje, las piezas de motor ajustadas y los panes horneados con esperanza— fue para llegar a esta conclusión: Nadie se queda atrás si el niño de cinco años sigue al mando. Este libro no es solo una colección de memorias; es el acta de nacimiento de un sueño que ya camina. He dictado estas palabras con el mismo fervor con el que cuido a los míos y con la misma disciplina con la que entreno mi cuerpo cada mañana. ¿Por qué? Porque mi meta no es que solo leas mis cuentos, sino que tú empieces a escribir los tuyos con salud, con fuerza y con dignidad. VITA no es solo una palabra en estas páginas. Es la casa que vamos a levantar para que nuestra gente mayor no solo espere el tiempo, sino que vuelva a jugar. Es el gimnasio donde el alma se fortalece antes de que el cuerpo se rinda. Es la prueba de que, si un hombre común pudo sacudirse la lápida de la espalda en 40 días, tú también puedes hacerlo. Te lo dije al principio: el orden lo pones tú. No busques un rostro, busca el mensaje. No busques una ubicación, busca el cambio en tu propia vida. Yo ya no soy solo el payaso que hace reír, ni el mecánico que arregla fierros. Soy el niño que decidió que dos siglos de vivencias eran apenas el calentamiento para lo que viene,¡ESTO QUÉ HICE LO PUEDES HACER TÚ TAMBIÉN! ¿Vienes conmigo a construir lo que falta?

https://editorianita.com/biblioteca-a/

ADVERTENCIA

A lo largo de la historia, el ser humano común nunca ha aparecido. Nosotros, los que somos la base de la civilización y los verdaderos pilares —los que trabajamos, limpiamos, cuidamos, ayudamos y sostenemos la rutina de todos los días—, casi nunca hemos sido mencionados. Sin nosotros, simplemente no habría historia.

Por eso, a cambio de mis libros y de mi lectura, te pido que me compartas un pedacito de la tuya. No importa a qué te dediques: si limpias, barres, construyes o lo que sea que hagas en tu día a día, o simplemente un pedazo de lo que tú quieras contar de tu vida. Queremos crear un libro donde tu voz quede guardada junto a la de miles o millones de personas, en una biblioteca que podrá ser consultada por las generaciones futuras durante mucho tiempo.

No te preocupes por la ortografía ni por redactar "bonito". De hecho, es mucho mejor si escribes tal como eres: eso demuestra que somos seres humanos reales, no inteligencias artificiales.

La intención de crear esta comunidad a través de nuestras palabras es poder construir casas para cuidar y apoyar a la gente mayor. Cuidar a nuestros adultos mayores es vital, y podemos lograrlo de una manera que ni te imaginas.

Te pido encarecidamente que explores nuestra página web para conocer a fondo el proyecto Casa VITA. Pero lo más importante de todo es saber si quieres ayudarnos con tu historia y sumarte a la meta de formar la comunidad más grande de internet: una comunidad de personas plenamente conscientes del rumbo que lleva nuestra vida con el paso de los años.

Déjanos tu historia y conoce el proyecto en:

🌐 editorialvita.com

Tu vida es la verdadera historia. No dejes que la borren.